

Bendita igualdad

ERNEST LLUCH

LA VANGUARDIA, 19.01.95

Tengo un amigo que frecuenta mucho el cine y me ha recomendado que vea una de las películas que llevan por título un color de la bandera francesa. Lo haré, puesto que la libertad, la igualdad y la fraternidad son palabras que ahora, como a los dieciocho años, me hacen sentir "mariposas en el corazón". Iré al cine pese a que mi madre pensaba que disipaba, al contrario que el teatro y los libros, que concentraban. Pensaba, asimismo, que el sifón y ser "boy scout" disipaba, y coleccionar sellos, jugar al ajedrez y ser atleta o excursionista era más riguroso. Me informo, no sé si adecuadamente, y me dicen que la película sobre la "igualdad" no tiene sus raíces en ningún libro. Podría empezar por la de la "libertad" o por la de la "fraternidad" o del "0,7", pero me parece lógico empezar por la igualdad, puesto que es imposible pensar en ella si no existe libertad y sin que desprenda o haga inútil a la solidaridad.

Pienso en la igualdad cada vez que escucho al entusiasta Mario Vargas Llosa defender el neoliberalismo. Su entusiasmo es lo único que mantuvo de su ya lejano comunismo aunque fuera del brebaje más contundente. No puede ser que no piense que de un mercado absolutamente libre nacional e internacionalmente pueden emanar desigualdades que le repugnen. La parte estrictamente juvenil que contiene siempre el entusiasmo seguro que le debe también aletear la segunda parte de la divisa francesa. ¿El liberalismo acarrea desigualdad? Si la respuesta fuera sí, una segunda trincheras de defensa del neoliberalismo sería la de aceptarlo pero aduciendo que: ¿la igualdad frena el crecimiento económico?

Una parte importantísima del actual neoliberalismo ha ido abandonando una de las grandes virtudes de David Hume y Adam Smith: el pragmatismo. Dicho en palabras sencillas, hay que contrastar la doctrina con la realidad y cambiarla o modificarla si no se obtienen los resultados esperados. El colapso del comunismo puede haber probado que la mano invisible de Adam Smith es un mecanismo económico superior, pero no

ha probado que no sea moralmente sospechoso de que distribuya las recompensas económicas de manera adecuada. Los que intentamos ser laicos en materias sociales y abandonar el doctrinarismo debemos saber, sobre todo con cifras, si el igualitarismo retrocede y si es enemigo del desarrollo.

Dos maneras hay de medir la desigualdad. Un coeficiente que mide desde la igualdad perfecta hasta la desigualdad extrema es la primera, y la segunda comparar el 20 % que gana más con el 20 % que gana menos. Quince años de neoliberalismo son suficientes y los resultados tan abrumadores que es difícil, si se miran cifras, no deducir las mismas conclusiones. Así, el moderado "The Economist" escribe frases que parecerían de izquierda radical: "No es coincidencia que los mayores aumentos en desigualdades de renta hayan ocurrido en economías como Estados Unidos, Gran Bretaña y Nueva Zelanda, donde políticas económicas de libre mercado han sido emprendidas con mayor celo". Así, en el 1969 norteamericano el 20 % más rico ganaba 7,5 veces más que el 20 % más pobre, y en 1992, 11 veces. En la desgraciada política de Margaret Thatcher la diferencia ha pasado de 4 a 7, a lo mejor por no ver a sus propios pobres es por lo que pasó la Navidad en Barcelona. En su descargo hay que matizar que la renta media británica aumentó, mientras que la norteamericana disminuyó. Los pobres de Reagan no sólo fueron muchos más pobres relativamente, sino que en términos absolutos descendieron un 11 % los ingresos. En países como Alemania, Holanda, Bélgica, Suecia y Japón las diferencias no aumentan y son más reducidas: entre 4 y 5,5 veces. Es decir, donde unas determinadas políticas sociales se han mantenido, se han creado o han nacido, la desigualdad pese a presiones tecnológicas o de competencia internacional ha permanecido en aguas menos agitadas.

Sin embargo, si un neoliberal doctrinario pero que creyera algo en las cifras asintiera pragmáticamente, tendría su segunda frontera: la igualdad hace conformistas a los ciudadanos, y de ello se resiente el crecimiento económico y la productividad. Si tuviera razón el cristiano social o el socialista debería reformular su posición al decir que prefiere sacrificar cierto grado de crecimiento o de productividad a cambio de ser más iguales todos los ciudadanos. No hace falta, afirman Persson y Tabellini en la

"American Economic Review" del pasado junio, dado que basándose en 56 países se puede afirmar que la desigualdad es nociva para el crecimiento económico. Desde Gran Bretaña se han completado aún más recientemente estas posiciones con el libro "Paying for inequality", donde se muestra que en los países más igualitarios -Japón, Suecia, Bélgica, Alemania, Holanda y Finlandia- la productividad ha crecido mucho más que en los países más desiguales -Estados Unidos, Australia y Suiza-. La llamada evidencia empírica juega por la igualdad.

Las doctrinas derechistas aún ven más argumentos esfumarse cuando se constata que cuanto más fuerza sindical hay más igualdad y, por tanto, más productividad y, por último, más crecimiento económico. El matrimonio fabiano compuesto por Beatrice y Sidney Webb, en su inalterada forma de estudiar el mundo con hechos, continúa teniendo razón. La igualdad es mejor por razones humanas -origina menos crimen, más salud, más seguridad urbana-, pero también por razones de eficacia económica y de productividad. "Mariposas en el corazón."